

# I. Cultura política de los estudiantes universitarios

ANGÉLICA MENDIETA<sup>1</sup>

## Introducción

Desde finales de los años sesenta del siglo xx, la educación superior y sus estudiantes han sido sujetos activos de la historia política de Occidente. En este sentido, el año de 1968 fue muy significativo porque constituye el momento histórico en el que los estudiantes de universidades europeas, norteamericanas y latinoamericanas se movilizaron en París, Berlín, Londres, Roma, Praga, Berkeley y México para enarbolarse distintas banderas que, con diversas causas, suponían la voluntad organizada de los jóvenes de aquellos años y expresaban rasgos de cultura política que tarde o temprano incidirían en las transformaciones de los sistemas políticos imperantes.

Recientemente, movimientos sociales en el mundo como el de los “indignados” o las movilizaciones civiles que desembocaron en los cambios políticos de los regímenes egipcio o tunecino, hicieron visible una vez más, a los universitarios que se manifestaron en el espacio público con el propósito de impulsar cambios políticos o para manifestar su descontento con las injusticias del modelo económico vigente en el mundo globalizado.

En el caso mexicano, durante la campaña electoral de 2012 para la renovación del Poder Ejecutivo Federal, surgió un movimiento

---

<sup>1</sup> Profesora investigadora, doctora en Sociología por el ICSyH de la BUAP, adscrita a la Licenciatura en Comunicación de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la BUAP, miembro del SNI, Representante del Cuerpo Académico Comunicación Política.

estudiantil integrado por estudiantes de instituciones de educación superior —públicas y privadas— que se organizaron a través de las redes sociales con un nombre tomado de la nomenclatura que se utiliza en los nuevos espacios virtuales de comunicación: #YoSoy132. Más allá de las orientaciones políticas y partidarias que el movimiento tomó hacia finales del mes de junio de 2012 y lo que ha sucedido después de las elecciones de ese mismo año; el citado movimiento colocó en el centro de la discusión a los estudiantes universitarios y suscita la necesidad de estudiar nuevamente los factores y rasgos que definen la cultura política de los estudiantes.

El trabajo que a continuación se presenta hace un alto en el camino de los recientes acontecimientos, con el fin de analizar las distintas dimensiones de la cultura política de los estudiantes y con el objetivo de proponer vías de formación estudiantil que los conduzcan a ejercer una ciudadanía responsable en un entorno de desafección política y desconfianza en las instituciones democráticas.

## El problema: de la desafección irresponsable a la ciudadanía comprometida

El más fuerte no es nunca lo bastante fuerte  
para ser siempre el amo, si no transforma  
su fuerza en derecho y la obediencia en deber.

Juan Jacobo Rousseau

El estudio de la cultura política ha sido abordado desde diversas perspectivas de entre las que destacan, para los propósitos de este análisis, las desarrolladas por:

1. Almond y Verba (1963): En su investigación desarrollaron una teoría sobre la cultura política con base en un análisis comparado de datos empíricos de cinco países (Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Italia y México), establecen que las orientaciones se encuentran relacionadas con el factor cognoscitivo (conocimientos),

- afectivo (sentimientos) y evaluativo (valoraciones) respecto al sistema político.
2. González Casanova (1967): Analiza la inconformidad política y lucha cívica de la sociedad más desprotegida en México, para lo cual considera tres indicadores: a) porcentaje de la población económicamente activa agremiada, b) la filiación a los partidos políticos, y c) la votación.
  3. Rafael Segovia (1975): En su libro *La politización del niño mexicano*, que debe mucho al enfoque de Almond y Verba, considera que las actitudes que se desprenden de la cultura política son el resultado de un proceso de socialización temprana que se construye en la familia, la escuela y los medios de comunicación, entre otros.
  4. Durand-Ponte (1998, p. 14): En *La cultura política de los alumnos de la UNAM* señala que la cultura política “es el conjunto de reglas que posibilitan a los actores calcular su acción política”, para su estudio tomó las siguientes dimensiones: a) participación política, b) conocimiento de la política, c) evaluación del sistema político, d) valores de los estudiantes, e) evaluación de la institución universitaria.

Una primera aproximación permitiría establecer que la cultura política universitaria es una cultura de imagen y apariencia, individualista y de poca participación ciudadana. Son muchos los aspectos que inciden en la débil cultura política de los jóvenes universitarios, sin embargo consideramos que los más importantes son:

- El consumismo provoca individualismo (lo que esté de moda).
- Subsistencia social (ser aceptado en una sociedad consumista).
- Libertad manipulada por los medios de comunicación (audiovisuales) e intereses del mercado.
- Adicción a las redes sociales.
- Pérdida de valores y principios éticos (compromiso, sentido de responsabilidad, solidaridad).

Probablemente la respuesta está en la desafección a la esfera pública-política y a la falta de confianza hacia las instituciones públicas y políticas.

Sin embargo, la cultura política no puede apoyarse solo en las imágenes, orientaciones, actitudes, expectativas, valores o experiencias personales. Más bien es necesario recurrir a los procesos históricos y colectivos, donde esas vivencias tienen lugar, al sistema político que las articula y las sustenta, a la estructura social de la comunidad, a su desarrollo económico e, incluso, a los valores religiosos dominantes en la sociedad (Inglehart, 1991). La cultura política no es más que el producto de la historia del sistema político y de sus miembros individuales, de los acontecimientos públicos y de la experiencia privada que intenta cubrir el vacío entre la interpretación psicológica del comportamiento político individual y el enfoque macro sociológico (Dowse y Hudles, 1975). Este tipo de enfoque resume, por lo tanto, la postura de los que fundamentan el comportamiento social en la responsabilidad cívica del individuo y la de los que subrayan, a su vez, la importancia de la estructura social sobre él. En todo caso, cuando hablamos de cultura nos estamos refiriendo a “aquel sistema de actitudes, valores y conocimientos ampliamente compartidos en el seno de una sociedad transmitidos de generación en generación” (Inglehart, 1991, p. 5).

En un estudio realizado por González Enders (2007) señala que los jóvenes latinoamericanos tienen una alta valoración de la participación social, pero son las prácticas religiosas y deportivas las que concentran los mayores niveles de asociatividad condicionada por variables socioeconómicas y de género. Han aparecido nuevas modalidades asociativas informales con responsabilidad del propio colectivo sin presencia de los adultos y con una alta sensibilidad hacia los derechos humanos, la paz, feminismo, ecología, etnias y multiculturalismo.

A pesar de las acciones de participación política promovidas por estudiantes universitarios como el movimiento #yo soy 132, su carácter coyuntural y el riesgo evidente de ser desvirtuados por intereses ajenos a los de los estudiantes que les dieron origen, hace que la

característica permanente entre la mayor parte de los jóvenes sea la desafección hacia la política institucionalizada y normada como forma de resolución de los conflictos. Paradójicamente, algunos jóvenes movilizados por diferentes causas, se declaran apolíticos o anarquistas, sin darse cuenta que sus actitudes, palabras y acciones públicas están revestidas de un discurso político que los sitúa en el centro de la discusión pública pero que, por establecerse fuera de los marcos legales o institucionales, tienen pocas o nulas posibilidades de prosperar como líneas de acción y propuesta legítimas para la transformación política del país.

El reto para las nuevas generaciones es romper con la apatía, desinterés, desconfianza y falta de credibilidad. Para ello se requiere de un ciudadano informado y evitar caer en lo que planteaba Hertz (2002) “la ignorancia equivale a impotencia”.

## El laberinto de la identidad

Nadie puede ser esclavo de su identidad: cuando surge una posibilidad de cambio, hay que cambiar.  
Gould, Elliot

La cultura política de los estudiantes universitarios no puede estudiarse sin analizar el papel que juega la identidad en el proceso de formación integral, por ello, la identidad es parte del proceso educativo, como elemento que articula las capacidades adquiridas y las competencias fortalecidas, con el compromiso asumido y la responsabilidad social aplicada en el ejercicio de su profesión. Por lo tanto la identidad es el tejido que permite a los universitarios, comunicarse como personas y establecer vínculos de convivencia.

Albert Memmi (1997) señala que la identidad, pertenencia y sistema de valores forman un triángulo que designa la escena donde se desenvuelve el drama de la identidad de cada grupo. El sentimiento de identidad cultural proviene de la pertenencia a un grupo, cuya definición y cohesión reposan sobre un sistema común y relativamente

coherente de valores y de instituciones. Este sistema es, en función de la existencia en común, respetado por los individuos y subgrupos, pero es pertinente en tanto que permanezca una norma de referencia, aparentemente estable, para la mayoría de los miembros del grupo. El musulmán de la calle, el cristiano o el judío no conocen, quizá en detalle, el dogma y las variaciones eventuales de la doctrina o del rito; sin embargo admiten que el islamismo, el cristianismo, el judaísmo los define y, de alguna forma los constituye como musulmán, cristiano o judío.

Por su parte, Talcott Parsons en su teoría de la socialización concibe la identidad como el sistema central de significados de una personalidad individual que orientan normativamente y confiere sentido a su acción. Pero estos significados no son construcciones arbitrarias, definidos por los mismos individuos en el estrecho marco de interacciones cotidianas, sino que resultan de la interiorización de valores, normas y códigos culturales altamente generalizados y compartidos, mediados por un sistema social. En otros términos, mediante interiorización de un conjunto de roles institucionalizados, el individuo entra en comunicación con el universo cultural de los símbolos y valores, de modo que estos últimos se convierten en parte constitutiva de su identidad, sin embargo los interaccionistas simbólicos a diferencia de Parsons, señalan que estos códigos y valores representan apenas “el marco dentro del cual se desarrolla la acción social, y no el determinante de esta acción” (Blumer, 1969).

Autores como A. Gehlen y D. Riesman consideran que el desafío mayor para las identidades proviene del proceso de diferenciación que afecta, no solo a la estructura social (Parsons), sino también a la esfera simbólica y cultural. Lo que caracteriza a las sociedades modernas sería fundamentalmente la ausencia de un universo simbólico unitario (representado por la religión en las sociedades pre-modernas) capaz de integrar las normas y los ámbitos institucionales, y de conferir significado a la vida de los individuos. La sociedad moderna sería una sociedad culturalmente descentrada, caracterizada por la multiplicación de referentes simbólicos heterogéneos no integrados entre sí. En

consecuencia, el individuo se confronta desde la primera infancia a “mundos de significados y definiciones de la realidad no solo diferentes sino contradictorias” (Giménez, 1992).

Por ello, la educación debe buscar la identidad, no con una idea homogeneizadora de las formas de reflexión, mucho menos de las posibilidades de intervención, sino que prioritariamente, la intención de la formación universitaria debe radicar en fortalecer los lazos de identidad de los jóvenes universitarios con sus comunidades de origen, sean éstas de la naturaleza que sean, urbanas, rurales, indígenas, etc. Una vez que esto se logre, será posible, a partir del desenvolvimiento de las capacidades que cada universitario posee, establecer líneas de acción que faculten a los universitarios para ser de manera real, agentes de cambio, con propuestas factibles de realización en los ámbitos en los que ellos adopten la responsabilidad y el compromiso directo de incidencia para cambiar las condiciones de inequidad persistentes en nuestra sociedad. El espacio local se concibe desde esta propuesta, como el contexto acotado y adecuado para propiciar la participación de los jóvenes. Resulta interesante constatar que existen evidencias que apoyan esta idea, no por tratarse de casos ejemplares en este sentido, sino exactamente por tratarse de hechos que desde un sentido opuesto han fortalecido el sentido de identidad entre los estudiantes universitarios (Mendieta y Castillo, 2013).

El problema es ¿identidad con quién? El carácter híbrido de la cultura, su permanente desterritorialización, el nomadismo de los significados o su franca desaparición por el aplastante poder del código tecnológico o comunicacional, hacen imposible determinar una identidad homogénea y permanente. La deriva es la constante y los intercambios culturales que potencia el uso de las tecnologías de información y comunicación, convierten a la identidad en el sueño nostálgico de la modernidad o en el fracaso melancólico de la utopía. De ahí que la discusión sobre la identidad, sea uno de los ejes necesarios para articular la discusión en torno a la cultura política de los estudiantes universitarios.

## Los jóvenes y las TIC

La libertad no es la ausencia original de condicionamientos, sino la conquista de una autonomía simbólica por medio del aprendizaje que nos aclimata a innovaciones y elecciones sólo posibles dentro de la comunidad.  
Fernando Savater

La cultura política de los universitarios ha dado un giro de 180 grados en la última década, debido a las nuevas tecnologías de la información y comunicación (TIC) y que tiene que ver con un consumo de medios muy marcado y basado principalmente en el uso de video-juegos, teléfonos móviles, internet, Facebook, twitter entre otros. Es decir hay un consumo simbólico y creciente convergencia de las TIC, que forman parte de una época generacional distinta a la de los jóvenes de otros tiempos. Los resultados son alarmantes, primero por la disminución de la lectura y escritura, segundo porque deformamos nuestro lenguaje oral. En este sentido se considera que estos costos serán el principal reto de la cultura política, porque si bien es cierto que estamos en la era de la información, ello no significa que estemos en la era del conocimiento y fortalecimiento de nuestra cultura política.

En un artículo publicado en el año 2007, el antropólogo Néstor García Canclini (2007) se preguntaba: “¿Qué hay que saber ahora para ser ciudadano?”, y como parte de sus reflexiones para dar respuesta, el investigador cuenta que en el año 2005 leyó el resultado de una encuesta publicada en el periódico *El País*, en ella se hacía la siguiente pregunta a jóvenes estudiantes españoles: ¿qué fue primero: el Imperio romano o la Revolución francesa? Lo que contestaron fue lo siguiente, según lo narra el doctor García Canclini (2007, p. 1):

Más de la mitad de los alumnos contestó: ‘La Revolución Francesa’. Probé la misma pregunta con estudiantes mexicanos y también más de la mitad dijo que la Revolución Francesa había sido anterior o dudaba.



Para continuar con su análisis, García Canclini (2007) señala que sin duda es relevante anotar que la misma inquietud despertaría, si preguntáramos a los docentes de estos estudiantes universitarios si conocen el nombre de la capital de Kazajistán y dónde se ubica ese país asiático, que es uno de los principales proveedores de petróleo y gas para Europa, y de quién depende la satisfacción de necesidades de 300 millones de personas. Más adelante el autor de este artículo observa que, además de las diferencias generacionales entre maestros y alumnos, “el abismo no es sólo de manejo de contenidos informativos, sino en los estilos de acceso y uso de la información. Cuándo queremos preparar un trabajo ¿buscamos la información en libros, revistas o en internet?” (García Canclini, 2007, p. 2)

Para el lector resultará clara la necesidad de conocer los acontecimientos del pasado e identificar en ellos las conexiones de sentido con el presente y su vislumbre del futuro. No es posible establecer una conciencia ciudadana plena sin una comprensión de las líneas del tiempo que han configurado la concepción contemporánea de la organización social y el papel del ciudadano moderno. Los hechos históricos son algo más que datos útiles para adornar la mente y la memoria, son los que le dan significado al quehacer de los seres humanos en la actualidad y posibilitan la definición de horizontes de futuro. La identidad, el sentido de comunidad, la solidaridad y el compromiso social, son factibles en la medida en que se tiene claridad sobre la memoria. Sin memoria no hay ciudadanía. No obstante este valor intrínseco del conocimiento histórico, García Canclini (2007) identifica una paradoja contemporánea que nace a partir del uso de las nuevas tecnologías de la información y que trazan el perfil de un nuevo sentido del tiempo y la cultura:

Sin embargo, dos procesos tienden a debilitar la relación con la historia. Uno es la mayor dependencia de nuestras conductas y decisiones de lo sincrónico que de lo diacrónico por la reestructuración tecnológica, económica y cultural del orden social. El otro factor es que, mientras las sociedades se reorganizan para hacernos consumidores del siglo XXI, la

reducción de beneficios sociales y la concentración de las decisiones en herméticas élites tecnocráticas, nos retrotraen a ser ciudadanos del siglo XVIII: somos consumidores globalizados, pero apenas si nos dejan ser ciudadanos de lo local. (García Canclini, 2007, p. 2)

De acuerdo con los resultados de la Encuesta Nacional de Juventud 2010: el porcentaje de jóvenes que dijo saber usar internet en 2010 alcanza casi 70%. En el caso de los hombres este porcentaje se eleva a 72.9%, mientras que sólo 66.2% de mujeres dijo saber usarlo. Del total de jóvenes entre 15 y 19 años, 77.2% dijo saber emplear esta herramienta. Por tipo de localidad, ocho de cada diez jóvenes que habitan en centros urbanos lo saben manejar, mientras que sólo la mitad de quienes viven en localidades no urbanas sabe cómo se utiliza. El porcentaje de jóvenes con acceso a internet en su casa se incrementó 4.6 veces en la última década. (Encuesta Nacional de Juventud 2010, p. 69)

Sin embargo, a pesar de los efectos que el avance de las nuevas tecnologías de la información y comunicación han tenido en la concepción de las redes de vinculación social y el sentido de las prácticas políticas entre los jóvenes, esta “era del acceso” (Rifkin, 2000), especialmente entre los jóvenes universitarios, ha producido nuevas capacidades para la transmisión de datos en los que la economía de la información y sus poderes de configuración cultural, detonan líneas de participación política en un espacio público virtualmente horizontal en el que las jerarquías se establecen por el control del código más que por la creación del significado.

En este ambiente saturado de signos, datos e imágenes, el vaciamiento del sentido va aparejado con una potenciación del símbolo como último reducto de lo social. El grado cero de lo social, la implosión de las bases de solidaridad humana y su consecuente fragmentación comunitaria, contrastan con la supuesta democratización del espacio público producida por la metástasis tecnológica que se expande como un rizoma incontenible entre los millones de teléfonos celulares inteligentes (Smartphone) y los distintos *gadgets* de la modernidad radical.

La catástrofe del significado y la muerte del sentido son la constatación nostálgica de la inutilidad del discurso racional frente a la inercia de alta velocidad de la red mundial de información con sus *wikis* y videos en YouTube. El problema para la educación, y en especial para la educación superior, es la reconstrucción de las comunidades de aprendizaje en un entorno comunicacional y tecnológico fraguado al calor de interacciones simultáneas o a tiempo real, entre jóvenes estudiantes de distintos entornos comunitarios, étnicos e incluso lingüísticos. ¿Cómo generar compromiso si el origen de significación de la subjetividad juvenil es múltiple, diverso y disperso en el espacio y el tiempo? ¿De qué manera producir significados que articulen conocimiento con la bomba informática que satura los sentidos de los estudiantes? ¿Es posible conciliar y hacer converger en un vértice educativo los distintos vectores de fuerza tecnológica y cultural que condicionan el ser y hacer de los estudiantes en este tiempo?

Consideramos que no sólo es posible sino necesario, responder a estas preguntas si es que se desea consolidar la cultura política democrática y hacer de las instituciones de educación superior, espacios privilegiados para la formación ciudadana y la consolidación de los valores de convivencia humana como los ejes que nos permitirán sobrevivir biológica y culturalmente. El paradigma debe cambiar, la naturaleza, la biología y la química nos lo muestran. Los sistemas de la naturaleza funcionan con base en relaciones, ningún organismo vivo sobrevive en soledad, establece vinculaciones, interacciones e incluso simbiosis con su entorno para lograr sobrevivir. La educación superior debe abrirse a esta posibilidad y generar las condiciones para hacer de las nuevas tecnologías de la información y comunicación recursos para la construcción de la ciudadanía. Es en las instituciones educativas en donde los jóvenes deben aprender a utilizar las herramientas como tales, y no perder su autonomía frente a ellas.

Clausurar la educación como posibilidad de apertura democrática del espacio público, por no saber ponerla en comunicación con el empleo de las TIC sería una falla sistémica que imposibilitaría la conexión vital que alimenta a la nueva cultura política.

## Propuestas de futuro, posibilidades del presente

La construcción de un futuro realizable, exige la identificación de las posibilidades del presente. La utopía razonable para nuestro tiempo, demanda el reconocimiento de las capacidades sociales, políticas, tecnológicas y culturales que nos ofrece el presente. Sin embargo, la topografía de la actualidad en la que se desenvuelven los jóvenes universitarios es pantanosa e inestable, llena de declives, fracturas, hondonadas y escarpadas montañas. El mapa no es más el territorio y cualquier trazo en el tiempo corre el riesgo de perderse en la bruma del porvenir. No obstante esta incertidumbre de la cultura y la vida política contemporánea, es factible pensar alternativas de acción que disminuyan la desconfianza juvenil en las instituciones y aumenten su afición por la política como la mejor alternativa para la resolución de su presente y la construcción del futuro.

No podemos darnos el lujo de perder a esta generación que, según los datos de la Encuesta Nacional de la Juventud del año 2005, declaró —en un preocupante 50%— estar de acuerdo con la frase: “el futuro es tan incierto que es mejor vivir al día”. Volviendo a las reflexiones de Néstor García Canclini (2007, p. 3):

Suele verse este ‘presentismo’, o pérdida del sentido histórico y utópico, en conexión con los rasgos estilísticos de la sensibilidad mediática: predominio de las películas de acción y de efectos relampagueantes sobre las narrativas de largo plazo; la intensidad de la comunicación instantánea posibilitada por Internet; la obsolescencia planificada de los productos y mensajes; la fugacidad de las modas, la información y las comunicaciones en los chats.

Sin embargo, añade García Canclini (2007, p. 3):

¿No es coherente la sobrevaloración del momento en quienes deben aprender, más que en cualquier etapa anterior, que los trabajos son precarios y a veces reducidos a oportunidades ‘eventuales’? Son los jóvenes

quienes experimentan más severamente la inestabilidad laboral y la exposición a riesgos poco previsibles. Cuando logran durar en una empresa, se les exige ser flexibles y renovar incesantemente la calificación técnica. Si les va bien y quieren invertir, o si comprenden que el futuro de sus empleos está ligado no tanto a la lógica de la producción y las necesidades sociales sino al vértigo de la especulación financiera, también son llevados constantemente a descreer de las estructuras y los procesos de larga duración.

A pesar de esta condición, según datos obtenidos de la *Encuesta Nacional de Juventud 2010*, aproximadamente seis de cada diez jóvenes consideran a la educación como el principal camino para ganar dinero, poner un negocio y resolver problemas. En tanto que 29.0% de aquellos jóvenes situados en el rango entre los 20 y 24 años, manifestaron su intención de alcanzar un posgrado, y de los que actualmente no estudian, pero que de tener la oportunidad seguirían estudiando, cuatro de cada diez lo haría para mejorar su nivel de vida. Es decir, a pesar del síndrome del “presentismo” descrito por García Canclini (2007), los jóvenes mexicanos siguen expresando su confianza en la educación como un recurso pertinente para mejorar sus condiciones de vida.

Ahí radica la importancia de trabajar desde las universidades en la construcción de una cultura política democrática, incluyente, plural y no discriminadora. En la medida en que se sigue teniendo confianza en la educación y sus instituciones, en esa misma medida será posible incidir en la conformación de comunidades estudiantiles comprometidas con los valores de responsabilidad, solidaridad y compromiso social. De hecho, según los resultados generales de la *Encuesta Nacional de Juventud 2010*, cuando se les pregunta a los jóvenes sobre el nivel de confianza que le asignan a ciertas instituciones y profesiones, para todos los grupos de edad se mantienen las opciones de: los médicos, la escuela y las universidades públicas (p. 76). Ahí radica la oportunidad de las instituciones de educación superior como espacios propicios para la construcción de confianza que, según todos los estudios de

cultura política desde los años sesenta (Almond y Verba, 1963), es el valor central para la consolidación democrática de las sociedades.

Probablemente una de las estrategias para fortalecer la cultura política universitaria sería crear una ley que promueva que en tiempos electorales los jóvenes menores de 29 años participen como candidatos en alguna fórmula partidista. Un ejemplo de ello es la Ley Concejal Joven en Perú que promueve que por cada nueve candidatos registrados en una afiliación partidista debe haber tres jóvenes menores de 29 años, esto para motivar la participación en la política y convencer a los jóvenes de que no es un espacio restringido y por lo tanto eliminar en lo posible la apatía y el desinterés político.

En este sentido, resulta por demás interesante la respuesta que los jóvenes mexicanos entre 12 y 29 años dan, en el marco de la *Encuesta Nacional de Juventud 2010*, a la pregunta sobre “¿qué tan necesarios son los partidos políticos para que la democracia funcione?”, los resultados de

La mayor parte de los jóvenes (63.1%) opina que los partidos políticos son poco o nada necesarios para la funcionalidad democrática. Los resultados reflejan que a medida que la edad aumenta, se incrementa la proporción de quienes no consideran necesarios a los partidos, ya que se llega a un 67.6% del grupo de edad de 25 a 29 años que tiene esa opinión. (*Encuesta Nacional de Juventud 2010*, p. 74)

Sin embargo, contrasta en ese mismo ejercicio de encuesta, que más de 76% de los jóvenes entre 15 y 29 años están de acuerdo con votar en las elecciones, y más de 72% expresan estar dispuestos a obedecer siempre las leyes y las normas. Asimismo, más de 84% de los jóvenes entre 15 y 29 años están de acuerdo en respetar a la gente con opiniones distintas a las suyas. (*Encuesta Nacional de Juventud 2010*, p. 75)

Estos datos expresan que, si bien es cierto que la mayor parte de los jóvenes no consideran que los partidos políticos sean agentes esenciales para el desarrollo de la democracia, la mayor parte de los jóvenes se manifiestan a favor de los procesos electorales, el respeto a las opi-

niones divergentes de las suyas y el cumplimiento de la ley. Estos tres ingredientes permiten observar que existe la disposición de los jóvenes mexicanos para la cultura política democrática, sin duda una buena noticia pero que implica un desafío para el sistema de partidos que forma parte sustantiva del entramado democrático de nuestra sociedad.

## ¿Es posible la democracia sin partidos?

Podemos decir que la cultura política está estrechamente relacionada con la confianza en las instituciones públicas y políticas que rigen el Estado de derecho. Asimismo afirmamos que la cultura política y la confianza son construcciones sociales en las que intervienen factores endógenos y exógenos:

- a. Los factores endógenos están anclados en las percepciones, creencias, valores, principios éticos, expectativas, sentimientos, es decir elementos culturales.
- b. Los factores exógenos dependen de las acciones o resultados que se producen a partir de las decisiones de las personas (instituciones públicas o privadas, organismos, entre otros) y que de alguna manera generan en el exterior actitudes positivas (optimistas) o negativas (pesimistas).

Es la cultura que hace posible la sociedad de consumidores (Bauman, 2006) o la sociedad industrial avanzada como Herbert Marcuse (1968) la nombraría en *El hombre unidimensional* en los años sesenta. De esta manera la cultura de consumo da pie a una política que imposibilita su renovación real. La cultura política es según Gutiérrez (2001) “el conjunto de contenidos y formas valorativas sobre el campo de la política que orienta las prácticas, conductas, ideas y formas de participación entre grupos e individuos”, de esta manera el consumismo se convierte en la principal forma valorativa que manipula la participación política.

Según Claudio Rama (2006), en América Latina estamos viviendo las transformaciones correspondientes a la tercera reforma de la educación superior, que se caracteriza por una creciente internacionalización; la incursión de las nuevas tecnologías de la información y comunicación en las instituciones de educación superior, que configuran nuevas modalidades de formación y aprendizaje, a la par de que aparecen nuevos sectores sociales que producen un nuevo tipo de estudiantes.

El problema es que, en el caso mexicano y de otros muchos países de la región, estas características culturales y educativas de la llamada-tercera reforma de la educación superior, conviven con rezagos sociales, políticos y económicos de otros momentos históricos. Como lo subrayan Mancera y Miller (2011), al finalizar la década de los noventa del siglo xx, no obstante los esfuerzos de modernización y mejora de la gestión de las instituciones de educación superior, mediante los sistemas de evaluación y aseguramiento de la calidad, el saldo fue:

Un importante déficit de cobertura y fuertes inequidades de acceso a la educación superior, ya que los mecanismos de selección para el ingreso reforzaron la presencia de estudiantes con mejores condiciones culturales e ingresos familiares más elevados. En México, se reconoce este mismo fenómeno, destacando la escasa diversificación en el origen social de los estudiantes, habiéndose masificado la universidad básicamente con jóvenes provenientes de sectores medios y urbanos, y mediante la ampliación de la matrícula femenina. (Mancera y Miller, 2011, p. 116)

Esta homologación de los orígenes sociales y culturales de los jóvenes clasemedios urbanos, provoca condiciones de construcción simbólica de sus valores, actitudes y acciones políticas manifestadas por las siguientes características:

1. Creciente desvinculación con sus orígenes étnicos, geográficos y lingüísticos.



2. Aumento en el uso de los medios de comunicación masiva tradicionales como la televisión y la radio.
3. Mayor acceso a los recursos de información y comunicación que proveen las nuevas tecnologías y las redes sociales.
4. Altas expectativas de desarrollo individual por la denominada “cultura del esfuerzo” personal en detrimento de la importancia que podría tener la acción colectiva.
5. Aumento de la confianza en la acción organizada de la sociedad civil y baja confianza en las posibilidades de resolución de problemas por parte de las instituciones políticas, económicas, sociales y jurídicas.
6. Poco reconocimiento del principio de autoridad institucional — sea esta educativa o política— como efecto de transferencia de la pérdida de autoridad de los padres o tutores, ya que las familias de clase media que alimentan con estudiantes a las instituciones de educación superior, se encuentran fragmentadas y profundamente individualizadas por la dinámica cultural de la sociedad de consumo y las exigencias que ésta plantea para la vida cotidiana. No obstante esta condición, el incremento en la escolarización de la población y los estilos de vida que introducen los códigos culturales transmitidos por las nuevas tecnologías de comunicación e información, generan un proceso de *juvenilización* de la vida en sociedad, explicado como un periodo de *latencia social* en la que no hay una incorporación plena al mercado laboral y tampoco se da una independencia económica, ni residencial de la familia de origen. (Mancera y Miller, 2011)
7. Fortalecimiento de la vida de consumo (Bauman, 2007), cuyo centro de valoración es el “tener” por encima del “ser”, condición social que fractura las posibilidades de actuar de forma solidaria en beneficio del bien común.

Estas características conducen a pensar en propuestas de articulación de la cultura política de los estudiantes universitarios que se fundamenten en los siguientes criterios:

- Reconocimiento de la heterogénea identidad de los estudiantes universitarios en el sentido de ser estudiantes de tiempo completo, de tiempo parcial, jóvenes y adultos, así como mujeres y hombres.
- Establecer programas de orientación social y compromiso comunitario capaces de involucrar a los estudiantes en acciones de atención a grupos vulnerables, con el objetivo de ayudarlos a fortalecer el valor de la solidaridad más allá de los logros individuales.
- Desarrollar programas de participación y representación estudiantil que, desde el recinto universitario, fundamenten la práctica de valores como la democracia, la tolerancia y el respeto a la diversidad.
- Fortalecer el sentido de responsabilidad con el entorno, estableciendo programas de servicio social cada vez más coherentes con las necesidades y problemas del municipio, entidad federativa o las del país.
- Promover acciones colectivas desde la autoridad educativa o desde las instancias colegiadas de las instituciones de educación superior, que se apoyen en el uso de las nuevas tecnologías de comunicación e información como herramientas para la consolidación de la solidaridad, la transparencia y la evaluación al interior de las comunidades universitarias.
- Promover prácticas de consumo cultural entre los estudiantes con el fin de que ellos creen una estructura de valoración ética fundada en el saber por el saber mismo y no sólo en el tener.
- Impulsar una mayor flexibilización curricular que estimule el desarrollo de capacidades de elección y toma de decisiones en los estudiantes de cara a sus procesos de formación universitaria, porque en la medida en que el estudiante aprende a elegir sus etapas y campos de formación para el cumplimiento de un plan de vida y carrera, en esa misma medida será capaz de ponderar las alternativas que la vida le ofrece como ciudadano de un país y del mundo.

Estas propuestas de futuro parten de posibilidades del presente, observables en el entorno institucional y cultural de las instituciones que conforman el sistema de educación superior mexicano. En definitiva, no constituyen un listado de buenos propósitos, más bien establecen una línea de acción coherente con las exigencias nacionales e internacionales con respecto a la educación superior en cualquiera de sus modalidades.

Reconocer el papel de las instituciones de educación superior en la configuración de la cultura política de los estudiantes, es identificar un modelo de intervención que busca formar ciudadanos y no sólo profesionistas. Es, en última instancia, potenciar a la comunidad universitaria como el terreno más fértil para la elaboración de una identidad democrática y participativa.

## Reflexión final

La cultura política de los estudiantes universitarios es un objeto de estudio en franca construcción porque el carácter dinámico e incierto de los jóvenes, obliga a una actualización permanente de los métodos de acercamiento para la comprensión de los valores, actitudes y conductas que hacen posible que los estudiantes sean actores y no sólo receptores pasivos de la vida política de su país. La multiplicidad de adscripciones identitarias y su intrincado juego de exigencias sociales y culturales son elementos de estudio que no es posible ignorar a la hora de construir el universo simbólico, que hace posible o no la afectación por la política y la confianza interpersonal que dan posibilidad y futuro a la cultura política de los universitarios.

Vale la pena en esta reflexión final, traer a cuenta la propuesta de una “comarca universitaria” —siguiendo la propuesta cartográfica de Juan Carlos Monedero (2009)— que defina parte del nuevo mapa de participación política en un mundo cada vez más caótico, en el que las fuerzas de la desigualdad, el abuso de unos cuantos y el empoderamiento del cinismo como justificación de lo peor, han producido la desertificación de las propuestas y la erosión de la esperanza. La

universidad y sus estudiantes, pueden y deben ser lo que atinadamente sugiere el politólogo español Juan Carlos Monedero (2009, p. 274):

El Estado ya no es el único actor, pero tampoco es un actor más. De la misma manera, la universidad ya no está sola, pero sigue necesitando mantener su condición de representante del saber colectivo entendido como un bien público que sirva a los pueblos en su impulso de crecimiento. Debe revertir esa situación en la que cayó cuando se dejó cooptar por la globalización neoliberal, debe hacer de la necesidad virtud y aprovechar el momento para reticular su trabajo, densificar sus relaciones con la sociedad, hacer espacio y dar voz a los sectores desahuciados y enmudecidos. Salir del Estado para reencontrar la sociedad. Hacerse sociedad para recuperar el Estado. Hacerse nacional para poder ser global. Ser democrática para poder brindar conocimiento de elite. Como plateaba Jesús Ibáñez, salir de la conversión sin incurrir en la perversión; orientarse en la subversión para llegar a la reversión. En definitiva, atreverse a la creatividad rompiendo moldes para poder dar respuesta a retos profundamente complejos. Volver a ser realista para pedir lo imposible.

En suma, comprender el entramado institucional, simbólico, educativo, artístico y cultural que le da un marco de referencia a la acción política de los estudiantes universitarios, es parte sustantiva de cualquier programa de acción tendiente a fomentar, desde las aulas universitarias, los valores de la democracia como forma de vida.

## Bibliografía y fuentes de internet

- Aguilar J. A. (2010). Las transfiguraciones de la identidad nacional. En S. Loaeza y J.-F. Prud'homme (coords.), *Los grandes problemas de México*, vol. xiv, Instituciones y procesos políticos. México: El Colegio de México.
- Almond, G. y Verba, S. (1963). *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Canada: Little, Brown and Company.

- \_\_\_\_\_ (1970). *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*. Madrid: Fundación Fomento de Estudios Sociales y Sociología Aplicada.
- Alonso, J. (coord.) (1988). *Cultura política y educación cívica*. México: Porrúa/CIUH-UNAM: México.
- Álvarez, L. (2012). Identidad y Ciudadanía en San Pedro Tláhuac, en *Ciudadanía, identidades y política*, pp. 183-224. México: UAM-Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa.
- Aranda, H. (2006). Experiencias en la gestión hacia la calidad total. Un estudio de caso de la Facultad de Zootecnia de la Universidad Autónoma de Chihuahua, *Revista Electrónica de Investigación Educativa (REDIE)*. Recuperado de <http://redie.uabc.mx/index.php/redie/article/view/144>
- Bar, G. (1999). Perfil y competencias del docente en el contexto institucional educativo. Lima, Perú: Organización de Estados Iberoamericanos. Recuperado de: <http://www.oei.org.co/de/gb.htm>
- Bauman, Z. (2002). *En busca de la política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2005). *Vidas desperdiciadas. La globalización y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_ (2007). *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, U. (1998). *La invención de lo político*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Blumer, H. (1969). *Symbolic Interaction: Perspective and Method*. Englewood Cliffs NJ: Prentice Hall.
- Bobbio, N. (1986). *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (1998). *Capital cultural, escuela y espacio social*, 2ª edición en español. México: Siglo XXI Editores.
- Castro, P. y Tejera, H. (2012). *Ciudadanía, identidades y política*. México: UAM-Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa.

- Crespo, A. (1988). “Nivel de información política en los universitarios mexicanos”.
- En *Foro Internacional*, 114. México: El Colegio de México.
- Dowse, R. E. y Hudhes, J. A. (1975). *Sociología política*. Madrid, Alianza, 1975.
- Durand, V. (1992). “La cultura política en nueve ciudades mexicanas” en *Revista Mexicana de Sociología*, 1(92) UNAM, IIS.
- \_\_\_\_\_ (1998). *La cultura política de los alumnos de la UNAM*. México: UNAM- Porrúa, 1ª edición.
- Duso, G. (1990). Pensar la política. En M. Rivero (comp.), *Pensar la política*. (pp.135-156). México: UNAM.
- Galli, C. (1990). Política: una hipótesis de interpretación. En M. Rivero (comp.), *Pensar la política* (pp. 105-134). México: UNAM.
- García Canclini, N. (2007). ¿*Qué hay que saber ahora para ser ciudadano?* España: Fundación Carolina. Recuperado de <http://www.oei.es/valores2/Canclini907.pdf> [Consulta 8/06/2013].
- Giménez, G. (1992). *Identidad cultural y producción simbólica*, en la revista División de Ciencias Sociales y Humanidades, UAM.
- González Casanova, P. (1967). *La democracia en México*, 2ª edición. México: Era.
- González, E. (2007). *Educación superior en América Latina y el Caribe: Sus estudiantes hoy*. México: UDUAL.
- Gutiérrez, D. C. (2001). *Sujetos y cultura política en Sonora*. México: Plaza y Valdés editores.
- \_\_\_\_\_ (2007). La enseñanza de la metodología en la División de Ciencias Sociales de la Universidad de Sonora. En *Proyecto PAPIME (DGAPA) en 308004: Innovación de métodos, estrategias y materiales didácticos para la enseñanza de la metodología para la investigación en ciencias sociales*. UNAM: Facultad de ciencias políticas y sociales. México: UNAM.
- Hertz, N. (2002). *El poder en la sombra*. España: Editorial Planeta.
- Inglehart, R. (1991). *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid: CIS.

- Instituto Mexicano de la Juventud (2006). *Encuesta Nacional de Juventud 2005*. México: Instituto Mexicano de la Juventud, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud.
- Krotz, E. “La investigación sobre la cultura política en México” en R. Winokours (coord.), *Algunos enfoques metodológicos para estudiar la cultura política en México*. México: Instituto Federal Electoral (IFE)/Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).
- Lechner, N. (1988). *Los patios interiores de la democracia: Subjetividad y política*. Chile: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. (1986). *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. México: Centro de Investigación y estudios sobre la juventud.
- Mancera, E. y Miller, D. (2011). “Los jóvenes estudiantes de Educación Superior: Actores diversos y en movimiento” en R. López y R. Grediaga (Coord.), *Aportaciones a la agenda de investigación sobre educación superior 2010-2020* (pp. 115-147). México: UAM Azcapotzalco.
- Marcuse, H. (1985). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. México: Editorial Planeta.
- Memmi, A. (1998-99). “Las fluctuaciones de la identidad cultural” en Revista *Política y Cultura* y 11. *De súbditos a ciudadanos* (127-141). México: UAM-Xochimilco.
- Méndez, J. L. (Coord.) (2012). *Políticas Públicas*. México: El Colegio de México.
- Mendieta, A. (2012). “Competencias docentes en posgrado y calidad educativa”, en *Factor humano*. España: Universidad Complutense.
- Mendieta, A. y Castillo, J. (2013). *El papel del Sistema Educativo en la construcción de la identidad y confianza de los universitarios*. México: Centro de Estudios e Investigaciones para el Desarrollo Docente, A. C. (CENID).
- Monedero, J. C. (2009). *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

- Pasquino, G. (1986-1996). Naturaleza y evolución de la disciplina. En G. Pasquino (Comp.), *Manual de ciencia política*, 8ª reimpresión, (15-35). España: Alianza Editorial.
- Peschard, J. (1996). *La cultura política democrática 2*, Cuadernos de divulgación de la cultura democrática. México: Instituto Federal Electoral.
- Rama, C. (2006) *La tercera reforma de la educación superior en América Latina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rifkin, J. (2000). *La era del acceso: la Revolución de la Nueva Economía*. Barcelona: Paidós.
- Sartori, G. (1994-1996). La videopolítica y la videodemocracia. En Fondo de Cultura Económica (ed.), *Ingeniería Constitucional comparada. Una investigación de incentivos y resultados*, 1ª reimpresión (164-167). Chile: Editores.
- Secretaría de Gobernación (2003). *Encuesta Nacional sobre Cultura Política y Prácticas Ciudadanas* (ENCUP-2003), [en línea].-México: Segob. Recuperado de [http://www.consulta.com.mx/interiores/15\\_otros\\_estudios/culturapol1103.html](http://www.consulta.com.mx/interiores/15_otros_estudios/culturapol1103.html). [Consultado el 11/02/2008].
- Segovia, R. (1975). *La politización del niño mexicano*. México: El Colegio de México, Col. Centro de Estudios Internacionales.
- Senarqué, E. (2007). Ley Concejal Joven No. 28869 y los jóvenes en la política en Perú, [en línea], *Monografias.com*. Recuperado de <http://www.monografias.com/trabajos44/ley-concejal-joven/ley-concejal-joven.shtml>-[Consulta 9/08/2008].
- Sousa, B. (2005). La reinención solidaria del estado. En Trotta (Ed.), *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política* (pp. 311-338). Bogotá: Editores.
- Zemelman, H. (coord.). *Cultura y política en América Latina*. México: Siglo XXI.